

# IAKOV

## JONATHAN ALVAREZ CASTAÑÓN

"Preso en un campo de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, compartía su alojamiento con oficiales británicos. Tenían el retrete en común. El hijo de Stalin (Iakov) lo dejaba sucio. A los ingleses no les gustaba ver el retrete embadurnado de mierda, aunque fuera mierda de quien entonces era el hombre más poderoso del mundo. Se lo echaron en cara. Se ofendió. Volvieron a reprochárselo una y otra vez, le obligaron a que limpiase el retrete. Se enfadó, discutió con ellos, se puso a pelear. Finalmente solicitó una audiencia al comandante del campo. Quería que hiciese de juez. Pero aquel engreído alemán se negó a hablar de mierda. El hijo de Stalin fue incapaz de soportar la humillación. Clamando al cielo terribles insultos rusos, echó a correr hacia las alambradas electrificadas que rodeaban el campo. Cayó sobre ellas. Su cuerpo, que ya nunca ensuciaría el retrete de los ingleses, quedó colgando de las alambradas."

Aquí tenemos un claro ejemplo de muerte metafísica, como bien nos narra Milan Kundera. La única muerte metafísica en medio de la "estupidez generalizada de la guerra". Podemos ver el símil de Iakov con Jesús en los presupuestos de que Stalin era venerado como un Dios, y no sólo eso, sino que al mismo tiempo era temido al igual que la ira de Dios.

La carga que debía de soportar Iakov era enorme, tanto que le llevó a la destrucción. El peso de su alma le hace darse contra la tierra, la frustración que siente al sentirse envuelto en una cuestión de "mierda" hace que pierda su levedad, y acabe eligiendo su no-ser. Es paradójico ver como la carga es la que nos provoca sentirnos agarrados a la vida y sentirla.

La justificación del no-ser nos aparece mediante el dolor, y con ella la filosofía pesimista, donde nos encontramos con Schopenhauer. La posición optimista ha desaparecido al darnos cuenta de la miseria que nos rodea. Intentamos creer que éste es el mejor mundo posible porque pensamos que Dios ha elegido este mundo de entre todos los posibles. Separemos así el optimismo de este lugar, y coloquemos en éste la teoría pesimista.

Si realmente este fuese el mejor de los mundos elegidos, el hijo de Dios no sería juzgado por cuestiones de mierda. Mediante la conciencia de la herida mortal que agota nuestras vidas, el hombre busca en todo momento huir del dolor. Así las verdades eternas serán transformadas en enigma. La filosofía optimista no nos causaría consuelo, ya que realmente supondría levedad de la existencia, pero la carga del enigma, la conciencia de nuestra finitud, es la que aportaría el afecto a este mundo que se convertiría así en el mejor de los mundos posibles, ya que aportarían una estructura individual más plena que la de seres dependientes de otros y estos de un todo. Así el pesimismo podría en cierto modo convertirse en optimismo metafísico, y negaría a la muerte metafísica, la del no-ser cogiéndola prestada para el conjunto de contradicciones que conforman el dualismo felicidad/infelicidad.

La posibilidad de intercambiar los contrarios felicidad/infelicidad es enorme y lo vemos claramente en el ejemplo de Iakov, como pasa de un extremo a otro y se encuentra envuelto en un mundo de controversia y alcanza la locura y cae en el abismo del no-ser. Cuando nos referimos al no-ser no lo hacemos solamente de un modo vida/muerte, sino también del camino que conduce desde la vida a la muerte. Ese puente que existe entre los dos polos puede ser un camino de autodestrucción, a lo que llamaremos muerte poética de la juventud. Esta viene dada por la marginación o la automarginación y desemboca en la tragedia, en este caso en la muerte, en otros en la locura.

Vemos una especie de romanticismo negro, un amor a la no vida. Ya no deseamos amores imposibles, ni nos regocijamos en nuestra soledad sino que damos un paso más mediante el suicidio. De este modo el hombre se descubre como bello, como conocedor no solo de su vida sino también de su muerte, donde aparece un optimismo hacia la muerte ya que nos muestra infinitos.

Ante la idea de finitud nos aparece la angustia, y sobre todo la angustia de descubrirse a uno mismo; con esta situación sólo nos queda refugiarnos en la masa o aislarnos. La salida que parece más falsa es involucrarnos en el conjunto para escapar de la idea de seres finitos; pero la individualización nos aporta una comprensión del mundo como diría Heidegger más auténtica. La existencia inauténtica es una tentación del hombre que vive en sociedad. De esta manera nuestra existencia se ha desprendido de ella misma y ha caído en el mundo quedando atrapada en él. "El yo sepultado dentro del uno".

La muerte se nos presenta como una posibilidad única e irrepetible dentro de la experiencia del ser; el hombre como ser curioso y lleno de inquietudes, y debe abrirse

a explorar el camino de la muerte. Para liberarnos del uno debemos de acercarnos a la angustia para liberar el yo auténtico. Nos introducimos en el mundo cotidiano y abandonamos la responsabilidad del ser. Pues bien, Iakov no se abandonó a la cotidianidad de un campo de concentración y se arrojó a la existencia auténtica.

Podemos hablar de un principio dinámico dentro de esferas estáticas cuando nos referimos a la exploración del "yo"; cuando comienzo a plantearme mi finitud, y me veo envuelto en la angustia, es cuando se genera autenticidad y movimiento; no me mantengo estático refugiado en la sociedad.

Cuando hablamos de lo mediato, todo conocimiento objetivo no es válido, ya que sólo lo inmediato sería objetivo, ya que única causa del mundo es la voluntad, y ésta es subjetiva y depende de mi interpretación. El mundo inauténtico sería el escenario de la lucha de las diferentes voluntades, y el enfrentamiento entre los egoísmos, tendemos a negar la voluntad del otro.

Podríamos diferenciar entre enfrentamientos internos que dependerían de mi lucha interna por ejemplo con la angustia, donde se contraponen el egoísmo de huir de ella y vivir cegado o asumirla y causarme dolor; o los enfrentamientos externos donde intento anular la voluntad del otro. Aparecería así el mal como causa de la voluntad. De nosotros depende superarlo y por tanto superarnos como individuos.

Sólo negando la voluntad de vivir, la voluntad individual se separa de la especie. De esta forma podemos acabar con el egoísmo que reina en el mundo inauténtico; pero seguirá presente en nosotros la voluntad de vivir frente a la muerte.

Todo está perdonado de antemano, y si no fijémonos en la teoría del eterno retorno de Nietzsche, todo se convierte en vano con el paso de la historia. Una muerte bella o horrorosa se convierte en ligera. Y esto es lo que nos libera en nuestras vidas, saber que todo está perdonado de antemano, si no pasaríamos condenados el resto de la historia.